

De la derrota a la desintegración

EMMANUEL TODD :: 07/10/2025

Menos de dos años después de la publicación en francés de 'La derrota de Occidente', en enero de 2024, se han cumplido en Occidente las principales predicciones del libro

En un nuevo prefacio para la edición eslovena de su último libro, Todd plantea que todos los conflictos se están agravando. La perversidad de Trump se despliega en Oriente Medio, el belicismo de la OTAN en Europa. La amenaza es cada vez más patente.

Menos de dos años después de la publicación en francés de *La derrota de Occidente*, en enero de 2024, se han cumplido las principales predicciones del libro. Rusia ha resistido sin mayores problemas el impacto militar y económico. La industria militar estadounidense está agotada. Las economías y sociedades europeas están al borde de la implosión. Incluso antes de que se derrumbe el ejército ucraniano, se ha alcanzado la siguiente etapa de la desintegración de Occidente.

Siempre he sido hostil a la política rusófoba de EEUU y Europa, pero, como occidental comprometido con la democracia liberal, francés formado en investigación en Inglaterra, hijo de una madre refugiada en EEUU durante la II Guerra Mundial, estoy consternado por las consecuencias que tiene para nosotros, los occidentales, la guerra librada sin inteligencia contra Rusia.

Estamos solo al comienzo de la catástrofe. Se acerca un punto de inflexión más allá del cual se desarrollarán las consecuencias definitivas de la derrota.

El «resto del mundo» (o Sur global, o Mayoría global), que se había contentado con apoyar a Rusia negándose a boicotear su economía, ahora muestra abiertamente su apoyo a Vladimir Putin. Los BRICS se amplían al aceptar nuevos miembros y aumentan su cohesión. Tras ser instada por EEUU a elegir bando, la India ha optado por la independencia: las fotos de Putin, Xi y Modi reunidos con motivo de la reunión de agosto de 2025 de la Organización de Cooperación de Shanghái quedarán como símbolo de este momento clave.

Sin embargo, los medios de comunicación occidentales no dejan de presentarnos a Putin como un monstruo y a los rusos como siervos. Estos medios ya habían sido incapaces de imaginar que el resto del mundo los ve como líderes y seres humanos normales, portadores de una cultura rusa específica y de una voluntad de soberanía. Ahora me temo que nuestros medios de comunicación agraven nuestra ceguera al ser incapaces de imaginar el resurgimiento del prestigio de Rusia en el resto del mundo, explotado económicamente y tratado con arrogancia por Occidente durante siglos. Los rusos se atrevieron. Desafiaron al Imperio y ganaron.

La ironía de la historia es que los rusos, un pueblo europeo y blanco, de lengua eslava, se han convertido en el escudo militar del resto del mundo porque Occidente se negó a integrarlos tras la caída del comunismo. Imagino que los eslovenos están en una posición cultural especialmente privilegiada para apreciar esta ironía, aunque sé muy bien, como

antropólogo de la familia y la religión, que, a pesar de su lengua eslava, Eslovenia está mucho más cerca social e ideológicamente de Suiza que de Rusia.

Puedo esbozar aquí un modelo de la dislocación de Occidente, a pesar de las incoherencias de la política de Trump, presidente estadounidense de la derrota. Estas incoherencias no son, en mi opinión, el resultado de una personalidad inestable, y sin duda perversa, sino de un dilema irresoluble para EEUU. Por un lado, sus dirigentes, tanto en el Pentágono como en la Casa Blanca, saben que la guerra está perdida y que habrá que abandonar Ucrania. El sentido común les lleva, por tanto, a querer salir de la guerra. Pero, por otro lado, ese mismo sentido común les hace presagiar que la retirada de Ucrania tendrá para el Imperio consecuencias dramáticas que no tuvieron las derrotas de Vietnam, Irak o Afganistán.

Se trata, en efecto, de la primera derrota estratégica estadounidense a escala planetaria, en un contexto de desindustrialización masiva de EEUU y de difícil reindustrialización. China se ha convertido en el taller del mundo; su muy baja fecundidad, sin duda, le impedirá sustituir a EEUU, pero ya es demasiado tarde para competir con ella industrialmente.

La desdolarización de la economía mundial ha comenzado. Trump y sus asesores no logran aceptarlo porque significaría el fin del Imperio. Sin embargo, una era posimperial debería ser el objetivo del proyecto MAGA, 'Make America Great Again', que busca el retorno del Estado-nación estadounidense. Pero para un EEUU cuya capacidad productiva en bienes reales es hoy muy baja (véase el capítulo 9 sobre la verdadera naturaleza de la economía estadounidense), es imposible renunciar a vivir a crédito como lo hace produciendo dólares.

Tal retirada imperial-monetaria implicaría una caída brutal de su nivel de vida, incluso para los votantes populares de Trump. El primer presupuesto de la segunda presidencia de Trump, la «One Big Beautiful Bill Act», sigue siendo imperial a pesar de las protecciones arancelarias que encarnan el proyecto o sueño proteccionista. La OBBBA relanza el gasto militar y el déficit. Quien habla de déficit presupuestario en EEUU habla, inevitablemente, de producción de dólares y déficit comercial. La dinámica imperial, o más bien la inercia imperial, no deja de minar el sueño de un retorno al Estado-nación productivo.

En Europa, los dirigentes siguen sin comprender bien la derrota militar. No dirigieron las operaciones. Fue el Pentágono quien elaboró los planes de la contraofensiva ucraniana del verano de 2023 (durante la cual escribí *La derrota de Occidente*). Los militares estadounidenses, aunque hicieron que su proxy ucraniano librara la guerra, saben que se han estrellado contra la defensa rusa, porque no podían producir suficientes armas y porque los militares rusos han sido más inteligentes que ellos. Los líderes europeos solo proporcionaron sistemas de armas, y no los más importantes.

Inconscientes de la magnitud de la derrota militar, saben, en cambio, que sus propias economías se han visto paralizadas por la política de sanciones, especialmente por la interrupción del suministro de energía rusa barata. Dividir económicamente el continente europeo en dos fue un acto de locura suicida. La economía alemana está estancada. En todo Occidente, la pobreza y las desigualdades aumentan. El Reino Unido está al borde del abismo. Francia le sigue de cerca. Las sociedades y los sistemas políticos están bloqueados.

Una dinámica económica y social negativa ya existía antes de la guerra y ya estaba

sometiendo al Occidente a una gran tensión. Era visible, en diversos grados, en toda Europa occidental. El libre comercio socava la base industrial. La inmigración desarrolla un síndrome de identidad, especialmente en las clases populares privadas de empleos seguros y bien remunerados.

Más profundamente, la dinámica negativa de fragmentación es cultural: la educación superior masiva crea sociedades estratificadas en las que los más educados --el 20 %, el 30 % o el 40 % de la población-- comienzan a vivir entre ellos, a considerarse superiores, a despreciar a los sectores populares y a rechazar el trabajo manual y la industria. La educación primaria para todos (la alfabetización universal) había alimentado la democracia, creando una sociedad homogénea con un subconsciente igualitario. La educación superior ha dado lugar a oligarquías y, en ocasiones, a plutocracias, sociedades estratificadas invadidas por un subconsciente desigualitario.

Paradoja definitiva: el desarrollo de la educación superior acabó provocando en estas oligarquías o plutocracias un descenso del nivel intelectual! Describí esta secuencia hace más de un cuarto de siglo en *L'Illusion économique*, publicado en 1997. La industria occidental se ha trasladado al resto del mundo y, por supuesto, a las antiguas democracias populares de Europa del Este que, liberadas de su adhesión a la Rusia soviética, han recuperado su estatus plurisecular de periferia dominada por Europa Occidental. En el capítulo 3 hablo en detalle de esta especie de China interior, donde sigue habiendo muchos trabajadores industriales. Sin embargo, en toda Europa, el elitismo de los más instruidos ha dado lugar al «populismo».

La guerra ha aumentado la tensión en Europa. Empobrece el continente. Pero, sobre todo, como gran fracaso estratégico, deslegitima a los dirigentes incapaces de llevar a sus países a la victoria. El desarrollo de movimientos populares conservadores (a los que las élites periodísticas suelen referirse con términos como «populistas», «de extrema derecha» o «nacionalistas») se acelera.

Reform UK en el Reino Unido. AfD en Alemania, Rassemblement National en Francia... Ironía siempre: las sanciones económicas con las que la OTAN esperaba un «cambio de régimen» en Rusia están a punto de traer a Europa occidental una cascada de «cambios de régimen». Las clases dirigentes occidentales se ven deslegitimadas por la derrota, al tiempo que la democracia "autoritaria" rusa se ve relegitimada por la victoria, o más bien, sobrelegitimada, ya que el retorno de Rusia a la estabilidad bajo Putin le aseguraba desde el principio una legitimidad incuestionable.

Así es nuestro mundo a medida que se acerca 2026.

La desintegración de Occidente toma la forma de una «fractura jerárquica».

EEUU renuncia al control de Rusia y, cada vez más, creo que también de China. Sometidos al bloqueo chino por sus importaciones de samario, un metal raro indispensable para la aeronáutica militar, EEUU ya no puede soñar con enfrentarse militarmente a China. El resto del mundo --India, Brasil, el mundo árabe, África-- se beneficia de ello y se les escapa.

Pero EEUU se vuelve enérgicamente contra sus «aliados» europeos y del este asiático, en

un último esfuerzo de sobreexplotación y también, hay que admitirlo, por puro y simple despecho. Para escapar de su humillación, para ocultar al mundo y a sí mismos su debilidad, castigan a Europa. El Imperio se devora a sí mismo. Este es el sentido de los aranceles e inversiones forzadas impuestos por Trump a los europeos, que se han convertido en súbditos coloniales de un imperio reducido en lugar de socios. La era de las democracias liberales solidarias ha terminado.

El trumpismo es un «conservadurismo popular blanco». Lo que surge en Occidente no es una solidaridad de los conservadurismos populares, sino una ruptura de las solidaridades internas. La rabia que provoca la derrota lleva a cada país, para disipar su resentimiento, a volverse contra los más débiles. EEUU se vuelve contra Europa o Japón. Francia reaviva su conflicto con Argelia, antigua colonia. No hay duda de que Alemania, que desde Scholz hasta Merz ha aceptado obedecer a EEUU, volcará su humillación contra sus socios europeos más débiles. Mi propio país, Francia, me parece el más amenazado.

Uno de los conceptos fundamentales de la derrota de Occidente es el nihilismo. Explico cómo el «estado cero» de la religión protestante --la secularización llevada a su término-- no solo explica el colapso educativo e industrial estadounidense. El estado cero también abre un vacío metafísico. Personalmente, no soy creyente y no milito por ningún retorno de lo religioso (no lo creo posible), pero como historiador debo constatar que la desaparición de los valores sociales de origen religioso conduce a una crisis moral, a un impulso de destrucción de las cosas y de los hombres (la guerra) y, en última instancia, a un intento de abolición de la realidad (el fenómeno transgénero para los demócratas estadounidenses y la negación del calentamiento global para los republicanos, por ejemplo).

La crisis existe en todos los países completamente secularizados, pero es peor en aquellos cuya religión era el protestantismo o el judaísmo, religiones absolutistas en su búsqueda de lo trascendente, en lugar del catolicismo, más abierto a la belleza del mundo y de la vida terrenal. Es precisamente en EEUU e Israel donde vemos desarrollarse formas paródicas de las religiones tradicionales, parodias que, en mi opinión, son nihilistas en esencia.

Esta dimensión irracional es el núcleo de la derrota. Por lo tanto, esta no es solo una pérdida «técnica» de poder, sino también un agotamiento moral, una ausencia de objetivo existencial positivo que conduce al nihilismo.

Este nihilismo está detrás de la voluntad de los dirigentes europeos, especialmente en las costas protestantes del Báltico, de ampliar la guerra contra Rusia mediante provocaciones incesantes. Este nihilismo también está detrás de la desestabilización estadounidense de Oriente Próximo, lugar por excelencia de expresión de la rabia que resulta de la derrota estadounidense frente a Rusia. Sobre todo, no cedamos a la evidencia demasiado fácil de una autonomía bélica del régimen de Netanyahu en Israel en el genocidio de Gaza o en el ataque contra Irán.

El protestantismo cero y el judaísmo cero mezclan trágicamente sus efectos nihilistas en estos accesos de violencia. Pero en todo Oriente Medio son los EEUU quienes, al suministrar armas y, en ocasiones, al atacar ellos mismos, son en última instancia los responsables del caos. Empujan a Israel a la acción como empujaron a los ucranianos. La primera presidencia de Trump estableció la embajada de los EEUU en Jerusalén y fue

Trump quien primero imaginó Gaza transformada en un balneario.

Soy consciente de que se necesitaría un libro para demostrar esta tesis, un libro que desmontara una a una las interacciones entre los actores. Pero, como historiador de profesión y tras medio siglo dedicándome a la geopolítica, siento que, al igual que la Europa de la OTAN, Israel ha dejado de ser un Estado independiente. El problema de Occidente es la muerte programada del Estado-nación.

El Imperio es vasto y se descompone en ruido y furia. Este Imperio ya es policéntrico, dividido en sus objetivos, esquizofrénico. Pero ninguna de sus partes es independiente en absoluto. Trump es su «centro» actual; también es su mejor expresión ideológico-práctica, ya que combina una voluntad racional de repliegue sobre su esfera de dominación inmediata (Europa e Israel) con impulsos nihilistas que prefieren la guerra. Estas tendencias -- repliegue y violencia-- también se expresan en el corazón estadounidense del Imperio, donde el principio de fractura jerárquica funciona internamente. Cada vez son más los autores anglonorteamericanos que evocan la llegada de una guerra civil.

La plutocracia estadounidense es pluralista. Está la de los financieros, la de los petroleros, la de Silicon Valley. Los plutócratas trumpistas, los petroleros tejanos o los recién llegados de Silicon Valley desprecian a las élites educadas y demócratas de la costa este, que a su vez desprecian a los blancos trumpistas del *heartland*, que a su vez desprecian a los negros demócratas, etc.

Una de las particularidades interesantes del EEUU actual es que a sus dirigentes les cuesta cada vez más distinguir entre lo interno y lo externo, a pesar del intento de MAGA de detener con un muro la inmigración procedente del sur. El ejército dispara contra lanchas pesqueras que salen de Venezuela, bombardea Irán, entra en el centro de las ciudades demócratas de EEUU, ordena a la aviación israelí que ataque Qatar, donde se encuentra una enorme base estadounidense. Cualquier lector de ciencia ficción reconocerá en esta inquietante enumeración el comienzo de una entrada en la distopía, es decir, en un mundo negativo en el que se mezclan el poder, la fragmentación, la jerarquía, la violencia, la pobreza y la perversidad.

Sigamos siendo nosotros mismos, fuera de EEUU. Mantengamos nuestra percepción del interior y del exterior, nuestro sentido de la medida, nuestro contacto con la realidad, nuestra concepción de lo que es justo y bello. No nos dejemos arrastrar por nuestros propios dirigentes europeos, esos privilegiados perdidos en la historia, desesperados por haber sido derrotados, aterrorizados ante la idea de ser juzgados algún día por sus pueblos, a una huida hacia adelante bélica. Y, sobre todo, sigamos reflexionando sobre el sentido de las cosas.

Substack.com

<https://www.lahaine.org/mundo.php/de-la-derrota-a-la-desintegracion>